

# El mapa de los imposibles

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS





# El mapa de los imposibles



DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

# **El mapa de los imposibles**

Ilustraciones de Álex Giménez

**edebé**

Obra finalista del Premio Edebé de Literatura Infantil XXXI edición

© Texto: Daniel Hernández Chambers, 2024

Autor representado por Silvia Bastos, S.L., Agencia Literaria

© Ilustraciones: Álex Giménez, 2024

© Ed. Cast.: Edebé, 2024

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

*Coordinadora de Producción:* Elisenda Vergés-Bo

*Diseño de la colección:* Book & Look

Primera edición, febrero 2024

ISBN: 978-84-683-6972-3

Depósito legal: B. 18623-2023

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

Capítulo uno .....	7
Capítulo dos .....	11
Capítulo tres .....	13
Capítulo cuatro .....	17
Capítulo cinco .....	23
Capítulo seis .....	33
Capítulo siete .....	37
Capítulo ocho .....	45
Capítulo nueve .....	47
Capítulo diez .....	53
Capítulo once .....	65
Capítulo doce .....	69
Capítulo trece .....	73
Capítulo catorce .....	81
Capítulo quince .....	83
Capítulo dieciséis .....	87
Capítulo diecisiete .....	95

Capítulo dieciocho ..... 99  
Capítulo diecinueve ..... 101

## Capítulo uno

La puerta se abrió con un chirrido exagerado, de grillo desgañitándose, y en el umbral se recortó una figura monstruosa: vestía una camisa larga de cuadros y unos pantalones vaqueros gastados y rotos por las rodillas, todo con diversas manchas de lo que parecía sangre seca. Su brazo izquierdo colgaba inmóvil, sin fuerza, como inútil, y la manga derecha de la camisa estaba vacía. Aquel hombre parecía recién salido de una trinchera, del frente de una guerra perdida; no solo era manco, sino que su cara estaba destrozada por varias heridas abiertas que supuraban pus. El blanco de sus ojos ya no era blanco, era rojo. Abrió la boca, pero lo primero que salió de ella fue un borboteo, como si le supusiera un grandísimo esfuerzo hablar.



Sin querer, todos retrocedimos hacia el hueco de las escaleras. Allí, apelotonados en el rellano, éramos presa fácil.

—Lo... siento, jóvenes —empezó a decir, con una voz ronca y profunda—. No tengo..., no tengo... caramelos..., pero puedo... ofrecerlos a cada un... un... a cada uno un... pedazo... de mi corazón.

Y, entonces, algo palpitó en su pecho. Su camisa se abrió y una mano, temblorosa y ensangrentada, apareció sujetando un pequeño cuenco de plástico con gominolas y bombones.

La tonta de Josefina soltó un chillido y huyó a la carrera escaleras abajo. Los demás se rieron y se abalanzaron sobre los dulces; alguno incluso se atrevió a felicitar al monstruo por su disfraz y su actuación. Yo me quedé con la boca abierta.

Cuando los otros se retiraron, el zombi se percató de que no había cogido nada y me ofreció el cuenco.

---

—Coge uno, campeón —me dijo. Ahora con voz normal.

Obedecí, pero continué clavado al suelo hasta que Nando tiró de mí hacia la escalera. La puerta del quinto se cerró a mi espalda, con una carcajada y un «feliz Halloween».

—¿Qué te pasa, Jandro? —me preguntó Nando—. ¿De verdad te ha dado miedo?

—No, no es eso.

—Claro, claro —murmuró él, sin creermelo—. ¡Estás más pálido...!

—¡Qué dices! —protesté—. Lo que pasa es que...

Pero Nando ya bajaba de dos en dos las escaleras en pos del resto del grupo, sin prestarme atención. Todavía quedaban bloques que asaltar en la urbanización.

Lo que había pasado era que, detrás de aquel monstruo, bueno, de aquel tipo disfrazado, yo había vislumbrado otra figura. La de una chica de mi edad, más o menos, apoyada contra el quicio de la puerta del salón, observando nuestra reacción. No había sido

el disfraz lo que me había inmovilizado y me había hecho quedarme con la boca abierta como un idiota: ¡había sido ella!

Y eso que no la había visto bien, porque dentro del apartamento tenían las luces apagadas.

¿Por qué mi corazón latía de esa forma, como una manada de caballos desbocados?